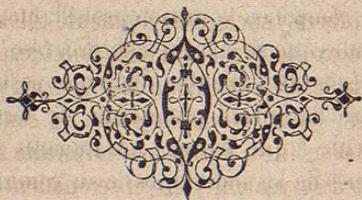


asegurar que en este punto ha llenado perfectamente su misión. Los que estáticos contemplaron las ruinas de Balbec y de Palmira, que recuerdan escenas abominables, envilecimiento verdadero de la dignidad del hombre, los que descubrieron su cabeza al divisar el Parthenon y el Acreópolis, manchados mil veces con injusticias é ingraticudes por los Griegos, y los que saludaron inclinando su frente las orillas del Nilo donde los sacerdotes quemaron incienso á los inmundos cocodrilos; miran con sonrisa irónica el Calvario, donde el Hijo de Dios regeneró al linaje humano, y no inclinan siquiera su cabeza delante del Sepulcro, que acataron mil generaciones de hombres ilustres como el mismo donde el Autor del Evangelio confirmó la divinidad de su doctrina. ; Juzgue el mundo tan monstruosa inconsecuencia de los protestantes!



CAPÍTULO XVII.

Salida fuera de los muros de Jerusalem. — Valle de Josafat. — El torrente Cedron. — Lugar del martirio de S. Estéban. — Sepulcro de la Virgen María. — Jardin de los Olivos. — Gruta de Gethsemani. — Sentimiento que experimenta el corazon cristiano. — Ósculo de Júdas. — Una monja griega. — Subida al Olivete. — Cima del monte. — Los mueslines asistiendo á la misa. — Los picos del Olivete. — Tumbas de profetas. — Gruta de Jeremías. — Sepulcros de los Reyes y de los Jueces. — Monte del Mal Consejo. — Hacéldama. — Siloé. — Los monumentos. — Muros actuales. — Las puertas de Jerusalem.

Salgamos ahora fuera de los muros de Jerusalem por la puerta de S. Estéban (1), y visitemos los campos que la rodean sembrados de tumbas, de grutas y de escombros que recuerdan hombres y sucesos eternamente célebres. Pocos lugares hay que exciten en la imaginacion ideas mas terribles que el valle de Josafat, tan lleno de misterios y donde, segun el profeta Joel, todos los hombres han de comparecer algun dia ante el Eterno Juez. Parece que este valle sirvió siempre de cementerio á Jerusalem, y en él se encuentran los monumentos de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos: á él vienen para ser sepultados los Judíos de las cuatro partes del mundo, « y un extranjero les vende á peso de oro un poco de tierra para cubrir sus cadáveres en la posesion que fué de sus abuelos (2). » Contrista verdaderamente mirar este valle, el Olivete lo cierra por el Oriente,

(1) Birket-Hamman-Sitti-Mariam la llaman los mahometanos.

(2) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.* (Chateaubriand.)

miéntras que en el lado de Occidente se eleva una loma caliza, sobre la cual descansan las murallas de Jerusalem. Aquel monte y esta loma son áridos y sin vegetacion alguna; en sus vertientes solitarias se ve de cuando en cuando algun tronco ennegrecido y bosquecillos de olivos tristes y marchitos. El cementerio de los Judíos se ve en el fondo al pié de la loma del Olivete, que se llama *Monte del Escándalo*; sus lápidas parecen montones de ruinas, y algunas casuchas de Árabes que viven cerca de las tumbas para insultar á los Israelitas, aun despues de muertos, apénas pueden distinguirse de los sepuleros. En este vasto campo de desolacion sobresale un monumento que se dice tumba de Josafat, y del que tomó su nombre el valle. Contemplando la tristeza de la ciudad santa, la soledad de aquellos montes, el silencio profundo del valle, los montones de ruinas, los sepulcros deshechos, las pirámides caidas, los árboles arrasados y la naturaleza toda pálida y moribunda, parece que va á oirse aquella voz formidable que grita: « *Llegó la hora del juicio de Dios.* » En lo hondo del valle corre el torrente Cedron, que no lleva agua sino en invierno, y deposita en el mar Muerto, despues de atravesar un territorio el mas salvaje que puede concebir una imaginacion exaltada.

No léjos del nacimiento del Cedron se muestra el sitio donde fué apedreado el protomártir del cristianismo S. Estéban. Su fortaleza fué el primer ejemplo que se dió al mundo de ese valor y grandeza de alma que inspira el Evangelio á sus creyentes, é hizo decir á los paganos: « Van al cadalso tan alegres como si marchasen á tomar asiento en un espléndido convite (1). » Una consideracion influiria eficazmente para aumentar el intenso gozo que regocijaba el corazon del generoso confesor de Jesucristo entre los sufrimientos de su martirio. El Salvador habia iniciado su Pasion en aquel mismo lugar... habia muerto no léjos de

(1) Cartas de Plinio, tomo I.

allí... y en aquel mismo momento él « le veía vestido de gloria y sentado á la derecha de Dios. »

Pasado el puente del Cedron, se encuentra á pocos pasos el sepulcro de la Virgen María en el interior de una iglesia subterránea, á la que se descende por bellísimas escalas de mármol; esta no es hermosa, pero su construccion indica su antigüedad: ántes perteneció á los católicos, como se ha probado recientemente; usurpada mas tarde por los Griegos, estos tienen en ella sus capillas; fuera de ellos las tienen tambien los Coftos, los Sirios, los Armenios y aun los musulmanes, que al entregarla á los cismáticos conservaron un lugar para celebrar sus rezos y abluciones cerca de la tumba de María. Inmediatos á la puerta se ven dos sepulcros que se cree ser los de S. Joaquin y santa Ana, abiertos en la roca como aquel.

Á pocos pasos de esta iglesia se entra en el huerto de los Olivos. En él se detuvo Jesucristo cuando, despues de celebrada la Pascua con sus discípulos en el Cenáculo, pasó el Cedron dirigiéndose á Gethsemaní. La simple inspeccion de estos lugares explica bien la narracion que hacen los Evangelistas de los primeros misterios de la Pasion. Vemos el lugar del Cenáculo de donde sale el Salvador, encontramos luego el torrente Cedron, y á pocos pasos de este Gethsemaní con sus olivos, origen de su nombre (1). El huerto hoy está cerrado por los PP. Latinos, á quienes pertenece: en una de sus extremidades existen ciertos peñascos disformes, y de estos « como á un tiro de piedra » una gruta ó cavidad. Entre los olivos se distinguen ocho, de los que hablando un viajero no católico dice: « Pertenecen sin duda á la mas remota antigüedad, los Turcos mismos los miran con piadoso respeto, y á nadie permiten estropearlos. Su aspecto, unido á la consideracion de la gran vejez de que el olivo es capaz, autoriza el juicio de los que datan su origen en siglos muy

(1) *Gethsemaní* significa VALLE DE ACEITE.

distantes (1).» «Estos ocho olivos, añade el mariscal de Marmont, son probablemente los mismos que existían en tiempo de Nuestro Señor : dos de ellos tienen veinte y cinco pies de circunferencia. Bien sabido es que el olivo vive largo tiempo, así como que es muy lento para crecer y desarrollarse. Es sin duda bajo de su sombra donde Jesucristo reposó, conversó con sus discípulos, fué preso y abandonado por los Apóstoles, que huyeron sorprendidos (2).» «Estos olivos asistieron á todas las revoluciones de Jerusalem ; de ellos se habla en las piadosas relaciones de los antiguos peregrinos ; se contaban nueve en el siglo diez y siete, pero hoy no se encuentran mas que ocho ; no están guardados mas que por un sencillo muro de piedra ; nadie se atreverá sin embargo á arrebatar sus frutos, que convertidos en santas reliquias respeta todo el mundo como testigos de los misterios de un Dios y contemporáneos de Jesucristo. Algunos escritores objetaron contra esto que Tito mandó cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalem ; pero es muy sabido que el olivo renace de su cepa y de sus raíces (3).» Lamartine participó de estas mismas ideas. «Recogí, dice el poeta, del fruto de estos árboles para llevar á mis amigos... Yo concibo bien qué dulce debe ser para el cristiano orar tocando con sus dedos los huesos de las olivas cuyas raíces regó quizá Jesucristo con sus lágrimas cuando oraba por última vez sobre la tierra (4).» La muralla con que despues de infinitas diligencias consiguieron los Franciscanos cerrar este jardín, hoy se ve decorada por una hermosa *Via sacra* obsequiada por la España. El terreno cerrado por la muralla mide ciento sesenta pies de largo y diez ménos de ancho.

La constante tradicion que conservan todas las comunio-

(1) Schubert, tom. II.

(2) *Voyage de M. le maréchal duc de Raguse*, tom. III.

(3) *Correspondance d'Orient*, tom. IV.

(4) *Voyage en Orient*, tom. I.

nes asegura que el Salvador, llegado al huerto, dejó á los tres discípulos que le acompañaban sentados entre aquellos peñascos que indicamos, y donde poco despues les sorprendió un profundo sueño. Él, retirándose á la gruta distante como un tiro de piedra, se puso en oracion. Esta gruta es de forma irregular, y creemos que la que conserva es su primitiva, que la mano del hombre no ha alterado sustancialmente. Un altar colocado en el fondo señala el sitio en que sacrificó Jesucristo su voluntad al Eterno Padre. Allí Él, como hombre, se estremeció en presencia de la muerte, le turbó la espantosa catástrofe en que iba á servir de Víctima, y si posible hubiese sido, evitarla sin mengua de las disposiciones de la justicia inmutable de los Cielos : ruega al Padre que lo haga ; pero á este efecto natural vence presto su sumision á las disposiciones de Dios, y protesta no querer mas que el cumplimiento de la voluntad eterna de los Cielos. *Non mea voluntas, sed tua fiat.* El Padre aceptó el sacrificio de Jesus, y el Justo que habia luchado con sus propias inclinaciones para ofrecerse en sacrificio, tuvo que soportar todo el rigor de la indignacion divina. Una mortal congoja le asaltó desde que su alma agonizante se vió en presencia del terrible Juez cargada de todos los delitos del género humano. Se cubre de confusion su rostro venerable, oprime el tedio su corazon inocente, y agobiada su carne con el peso infinito de tantas penas entre dolores acerbos y desfallecimiento mortal, riega la tierra con sangre que brota de los poros de su cuerpo. ; Á cuántas meditaciones profundas se entrega el entendimiento cuando contempla este misterio de la infinita humillacion del Hijo de Dios en el jardín de los Olivos ! No hay rayo que pueda iluminar tan vivamente la inteligencia y el corazon del hombre como lo que se lee avanzando dos pasos del altar hácia el término de la gruta : *HIC FACTUS EST SUDOR EJUS, SICUT GUTTÆ SANGUINIS DECURRENTIS IN TERRAM* (1).

(1) Aquí « fué su sudor como gotas de sangre, que corria hasta la tierra. » (S. Lucas, cap. XXII.)

La gruta que sirvió de teatro á lances tan dolorosos no está decorada como quisiera la fervorosa piedad de los cristianos; se distinguen con claridad reliquias de las pinturas que la hermosearon en otro tiempo, se ven los cimientos del templo que estuvo erigido sobre esa misma gruta, testigo de tantos misterios del abatimiento de Dios, que reparaba los males causados por la soberbia del hombre; pero todo esto contribuye para que sea todavía mas notable su degradacion actual. Los Latinos, á quienes pertenece, han pretendido en diversas épocas restituirle su antiguo esplendor... ¡ Vano pensamiento! tienen á su frente un enemigo formidable que abunda en riquezas, y las emplea en obtener firmanes de la Puerta para impedir á los católicos decorar sus santuarios. Aquel enemigo son los Griegos disidentes, cuyos derechos protege el zar al frente de medio millon de hombres con las armas en la mano.

Saliendo de la gruta, se muestra el sitio en que Júdas dió el beso de paz á Jesus para entregarle á los Judíos. Dista poco de la entrada y solo doce pasos de las piedras en que dormian los Apóstoles: se concibe muy bien que Jesus, oyendo el tropel de los que se acercaban para prenderle, fué á sus discipulos para despertarles, y se adelantó luego para recibir al traidor y su comitiva.

Cuando yo salia del huerto de los Olivos la primera vez que entré en él, encontré en la puerta una monja griega que venia á visitarlo; pertenecia á la comunidad de la Santa Cruz, y solicitó permiso del religioso que me acompañaba para entrar. Tendria aquella sesenta años, vestia hábito negro como los popes, cubria su cabeza con un bonetillo tambien negro del mismo modo que estos, tenia un gran libro atado al manto, me dijo en italiano ser de Corfú, y llamarse Cirila. Así que salió de la gruta, entablé conversacion con ella y le pregunté: Qué opinion formaba sobre la Iglesia latina. — « Ninguna, me dijo, porque nuestro protopope, cuando alguna vez mostramos duda, nos dice que

todo es lo mismo: Todos somos cristianos, nos repite; así es que no sé cuál sea la diferencia entre Griegos y Latinos, aunque mucho lo he deseado. He oido que los Latinos son herejes, pero esto no lo creo desde que en Corfú, siendo yo niña, ví sus oficios muy devotos. — ¿Por qué no procura V. informarse de aquella diferencia hablando con los clérigos del seminario ó con los PP. de la Tierra Santa? — Eso es imposible, porque si nuestro protopope ó algun otro me viese hablando con los sacerdotes latinos, me impondria penitencia... me voy presto, porque temo venga alguno... » Se fué aquella infeliz religiosa, que habia perdido hasta su libertad para buscar remedio en las dudas de su conciencia y agitaciones de su corazon. Volví á encontrarla despues en el templo del Santo Sepulcro, pero buen cuidado tuvo de retirarse así que observó que yo la habia visto. Las penitencias de su protopope podian mas en su ánimo que el consejo que de mí habia recibido para instruirse.

Subiendo un poco mas el Olivete, me fijé luego en los restos de un templo que existió sobre el lugar donde Jesucristo recomendó de nuevo á sus Apóstoles la oracion del *Padre nuestro*, que les habia enseñado en Galilea. No distante de allí muestran el lugar donde lloró volviendo la vista sobre Jerusalem, cuyos males preveía, y el mayor de todos su ceguedad. Allí mismo anunció tambien el juicio final y su descripcion terrible: « Vendrá el Hijo del hombre en medio de nubes, y se congregarán delante de él todos los hombres; » jamas pueden causar sensaciones tan profundas como cuando se meditan, teniendo á la vista la desolacion del valle de Josafat, sitio del proceso formidable, la destruccion de Jerusalem castigada por el Juez, y bajo la impresion de terror y de amargura que inspira todo el país que se descubre desde allí.

Cincuenta pasos mas arriba se ven las ruinas de una iglesia que, á pesar del tiempo y de las infinitas vicisitudes que ha experimentado, deja ver la magnificencia de su plan en sus

fundamentos que subsisten, en las basas de sus columnas y en los mármoles de algunas de estas, que tirados acá y allá inspiran tristeza en el lugar llamado á llenar de gozo el corazón del cristiano donde habita la esperanza. Son aquellas las ruinas del templo edificado en el siglo cuarto, para señalar el sitio donde el Salvador, en presencia de su Santísima Madre y de ciento veinte personas, subió al cielo cuarenta dias despues de su Resurreccion. Entre las ruinas se eleva una mezquita, y entrando se ve sobre una piedra durísima impresa perfectamente la huella del pié derecho de un hombre. Todas las relaciones antiguas de los peregrinos en la Tierra Santa refieren que en los primeros siglos existian las huellas de los dos, hasta que los mahometanos cortaron la mitad de la piedra para colocarla en la mezquita de Omar. San Paulino, Sulpicio Severo, Beda y san Jerónimo, escritores de los primeros siglos, nos hablan de este vestigio como estampado por la planta de Jesucristo al subir al cielo; y cristianos de todas las comuniones lo veneran tambien como tal. Atendiendo á todos estos respetables testimonios se infiere que el Salvador subió al cielo vuelto hácia el Norte.

Cuando los santones que cuidan la mezquita vieron que me dirigia á esta, vinieron á mostrar el sagrado vestigio, y quitándose sus turbantes me lo señalaban con respeto. Me permitieron ademas celebrar la misa en su recinto, mediante una buena suma de dinero, y vi de rodillas á unos mueslines y sentados en tierra otros miéntras la celebracion del tremendo sacrificio. ¡ Ah! las naciones se glorian levantando monumentos en los lugares donde sus armas alcanzaron victorias memorables, donde nacieron ó murieron sus hijos mas ilustres, y donde realizaron cualquiera accion que añade á su historia una página brillante; miéntras tanto el sitio donde el Redentor del mundo, el Regenerador del linaje humano, el Hijo de Dios cerró el curso maravilloso de su vida, elevándose majestuosamente de la tierra al cielo, sirviendo á sus piés de trono los ángeles y de tapete resplan-

decientes nubes, permanece en poder de los mahometanos y como olvidado de las naciones cristianas. La Francia, la España, la Italia, la Alemania católica y las Repúblicas de América votan de continuo ingentes cantidades para levantar estatuas á sus hombres célebres, y para decorar lugares que recuerdan hechos señalados; pero ni una de las naciones cristianas ha dedicado alguna cantidad pequeña para reparar el monumento caido que nos trae á la memoria aquel hecho único en la historia de la fe: « Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura... Cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando; y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. »

El monte Olivete tiene tres picos, de los cuales el mas elevado es el del medio, y en él se realizó el misterio de la Ascension; al del Norte llaman *Monte de Galileos* (1); y al del Mediodía *Monte de Escándalo*, porque fué en sus alturas y delante del templo de Dios donde Salomon casi al fin de su vida, corrompido por mujeres paganas, erigió templos y ofreció incienso á los ídolos de sus amigos.

Bajando del Olivete hácia el Sur, se ven algunos sepuleros abiertos en la piedra viva, y que son distinguidos con el nombre de *Tumba de los profetas*. Conocida es la suerte que cupo á cada uno de estos; muchos fueron muertos y todos perseguidos: la verdad ha tenido siempre sabor amargo para los que de ella deben alimentarse. Dirigiéndome al Oeste subí la gruta de Jeremías, allí donde el solitario de Anathot y cantor del duelo de Jerusalem hizo oír sus dolorosas *Lamentaciones*; la gruta del profeta está desierta, y en todos sus alrededores no ví ni una sola persona: presto me acordé que él ya lo habia predicho. Penetré su interior aunque con dificultad, y desde allí mirando aquella Jerusalem á quien él dirigia su voz, ya formidable y amenazadora, ya tierna y suplicante, me parecia verle sentado sobre el polvo y la ce-

(1) *Viri Galilei* lo llaman vulgarmente en Palestina.

niza, cantando con voz afligida y ronca: «¿Á quién te compararé, oh hija de Jerusalem? ¿á quién te igualaré, oh virgen hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará? Vosotros los que pasais, ¡mirad y ved si hay dolor como mi dolor!...» Á poca distancia de esta gruta se ve la cisterna en que los Judíos, irritados contra él por las terribles predicciones con que los amenazaba dia por dia, le arrojaron para hacerle morir.

Marchando enfrente de la puerta de Efrain llegué al suntuoso cementerio de los Reyes, distante de la ciudad como una milla. Este grandioso edificio, que atribuyen muchos á Heródes el Tetrarca, es uno de los monumentos mas grandiosos entre los innumerables que rodean á Jerusalem consagrados á los muertos. Bajando á esta sombría mansion de muertos, se entra en un atrio cavado en la peña viva, en su ángulo izquierdo se divisa un gran pórtico que da entrada á las tumbas: sus adornos, de admirable primor, fueron en parte destruidos por un rico é influyente viajero de Inglaterra, que pretendió arrancar algunas de las piedras en que están trabajados. Á los salones de los sepulcros no se puede llegar sin gran trabajo por los muchos escombros que se han ido amontonando en sus entradas. La arquitectura dórica de este monumento no permite atribuirle antigüedad mas remota que la que hemos señalado ántes.

De los sepulcros de los Reyes me dirigí á visitar otros que llaman de los Jueces, no porque alguno de los caudillos de Israel hubiese sido sepultado allí, sino, segun se cree, porque estaban destinados para los miembros del sanhedrin. Son estos sepulcros como grandes salones cavados en la piedra, y contiene cada cual un crecido número de nichos donde reposan los cuerpos. La antigüedad de este cementerio es fuera de toda duda. Á su entrada, bajo los arcos naturales de aquella inmensa gruta, tienen sus habitaciones los buhos y otras aves solitarias entre una especie de enredadera blanquizca que crece sobre las piedras, y penetra hasta el interior de sus aberturas.

Me dirigí en seguida al monte del Mal Consejo, así llamado porque en su cima estaba la casa del pontífice Caifas, donde reunidos los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, resolvieron la muerte de Jesucristo. Allí ha existido sin duda una poblacion posterior á aquel hecho, cuyos cimientos aun se reconocen fácilmente.

Bajé de aquí al Hacéldama, que recuerda la venta traidora hecha del Salvador por uno de sus discípulos y favorecidos. El Hacéldama es un valle estrecho, conté en él cinco olivos delgados y marchitos, y su tierra sirve hasta hoy para fabricar vasos, de la misma manera que servia cuando escribió el Evangelista: «Júdas, movido de arrepentimiento, volvió á los príncipes de los sacerdotes las treinta monedas de plata que habia recibido... y estos habiendo deliberado compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros; por lo que se llama aquel lugar Hacéldama ó Campo de Sangre hasta el dia de hoy.» Jeremías, contemplando la historia de esta sangrienta tragedia muchos siglos ántes que fuese representada: «Tomaron, dijo, las treinta monedas de plata, precio del apreciado al cual apreciaron los hijos de Israel; y las dieron por el campo de un alfarero.» Á la derecha del Hacéldama existió el cementerio donde los templarios daban sepultura á los peregrinos que morian en Jerusalem. Continuando en la misma direccion, encontré una gruta donde suponen algunos haber estado ocultos los Apóstoles mientras Jesucristo sufria su Pasion. El Evangelio nos dice que «abandonando á su Maestro huyeron;» y pudo muy bien suceder que el temor á los Judíos les llevase á esa gruta, que oscura y profunda les ofrecia muchas ventajas.

Entrando luego en una especie de estrechura formada por lomas que saliendo de los mismos cerros se extienden y prolongan formando aberturas y grietas espantosas, visité el lugar del martirio de Isaías, mandado aserrar por Manases, rey de Judá, cuyos vicios reprendió con la libertad del justo y la